

Presentación del libro **“Nuestras marcas fundantes. Lecturas de sus efectos en el Movimiento”**

Centro Cultural Victoria Ocampo – 30 de noviembre de 2019

Mg. Ana Lía Verón

En primer lugar quiero agradecer a las Lic. Silvia Pérez y Perla Cirigliano por su generosa invitación a formar parte de esta mesa de presentación del libro, junto a la Lic. Ana Casalla. También conozco a otros autores, como Verónica Rachid y Gabriel Moisano, con quienes hemos compartido espacio en actividades de la vida académica en la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Es una gran alegría presentar un libro, algo que considero que debemos celebrar, una producción grupal de tantos intelectuales que se han propuesto reflexionar sobre sus prácticas y transferirlo a través de esta publicación. Voy a compartir algunas ideas en torno a este logro grupal.

Cuando leí el texto, me entusiasmó mucho las propuestas de los distintos autores y fui tomando nota de algunos conceptos e ideas que se reiteran en cada escrito, sobre todo aquellas que indican que el trabajo realizado permitió:

- una forma de hacer lazo
- una forma de trabajo
- un modo de producir
- un lazo entre analistas
- una labor creativa
- un dispositivo
- un proceso que permitió historizar
- permitió releerse
- escribir sobre la práctica
- tomar la palabra para dar cuenta de la experiencia
- entrar y permanecer en el movimiento deja una enseñanza

Es difícil realizar un comentario en presencia de tantos psicoanalistas, sobre todo porque lo voy a hacer desde mi formación como antropóloga, en el marco de las ciencias sociales y desde mi práctica docente.

Desde mi experiencia, la palabra que más me movilizó fue MOVIMIENTO. Y me interesó seguir el planteo de una de las autoras, de pensar la tensión entre “movimiento y escuela”.

La antropología viene desarrollando un campo muy potente, que es el de los estudios del cuerpo y del movimiento. Podemos pensar entonces el concepto de movimiento como aquello que los humanos aprendemos a través del proceso de enculturación, a partir de los modos culturales como se nos enseña a movernos, lo que los autores llaman las “prácticas corporales”.

Si pensamos en la noción de “escuela”, como dispositivo educativo propio de la modernidad, de la familia burguesa, del capitalismo industrial, podemos pensar en la escuela como una institución que disciplina el cuerpo y allí estaría la posición pasiva de la escuela como dispositivo, encorsetando al movimiento. Desde esta mirada la escuela, como mencioné, generaría una posición pasiva.

En cambio, el concepto de movimiento, desde el campo social, alude a las acciones

colectivas, con alguna permanencia en el tiempo, que buscan modificar algún aspecto de la vida social. Tenemos como ejemplo numerosos movimientos sociales latinoamericanos: el de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, el de los derechos humanos, el movimiento de los “sin tierra” en Brasil, el Ejército Zapatista en Chiapas (México), el movimiento cocalero en Bolivia, el movimiento piquetero, por mencionar algunos.

El desarrollo de los movimientos sociales alude a una posición activa, construyen un espacio, un lugar, desde donde se construyen nuevas subjetividades, son formas de acción que amplían las democracias, consolidan la ciudadanía.

Desde una mirada decolonial, centrada en América Latina y en su historia, corriéndonos del eurocentrismo, pienso al movimiento de psicoanalistas de Mar del Plata con esa misma potencia, centradas desde el sur y hacia Europa. Aún cuando los autores de referencia, Freud y Lacan, no sean de este continente. Ustedes se los han apropiado y los han resignificado. Están produciendo sentido desde sudamérica y, ¿por qué no pensar en que este movimiento pueda producir ideas, a partir de la experiencia, que sean difundidas hacia otros continentes?

Y en este punto pienso en Victoria Ocampo, y en el Grupo Sur, también como gestora de un movimiento literario heterogéneo, de una revista como dispositivo de labor creativa, de trabajo, de producción, de lazo entre intelectuales, desde donde toman la palabra y producen. Victoria habitando esta casa de verano, invitando a compartir debates literarios, produciendo ideas y publicándolas.

Algunos de los que trabajamos hace muchos años en esta casa, la casa de Victoria, sospechamos que su espíritu merodea por aquí todo el tiempo. Otros afirman que es ella la que decide quienes cuelgan sus obras, quienes pueden permanecer aquí y desarrollar sus ideas o sus actividades. Más de una vez se han caído cuadros y alguno sostiene que “a Victoria no le gusta este artista”.

Celebro que, entre sus marcas fundantes, haya estado este lazo con Victoria Ocampo. Percibo algo de continuidad entre en modo como ella pensó y llevó a cabo su labor, en grupo, y la creación y devenir del movimiento de psicoanalistas marplatenses. Victoria los ha aceptado en su casa.

La producción que hoy presentamos, de este grupo de profesionales, que se han constituido en movimiento, construye lazo con la de Victoria Ocampo y da sentido, resignifica, otorga un sentido nuevo, a la existencia, permanencia y conservación de esta casa, en su carácter patrimonial. Me permito pensar que el carácter patrimonial de esta casa se constituye, no solo por los valores que señalan los expertos en arquitectura o historia o, por haber sido habitada por Victoria Ocampo, sino fundamentalmente, por el sentido que le otorgan los grupos, movimientos y asociaciones que hacen de este espacio un lugar cargado de nuevos sentidos, desde sus prácticas y significados.

Estoy convencida que Victoria Ocampo estaría orgullosa de tenerlos en su casa y que vale la pena que la comunidad, los vecinos de esta ciudad, mantengamos esta casa como espacio de fundación y acción del movimiento de psicoanalistas marplatenses.